

JOSÉ GARRIGA ZUCAL

LA ERA DEL AGUANTE

**BARRAS, HINCHAS,
VIOLENCIAS Y MUERTES
EN EL FÚTBOL
ARGENTINO**

Ariel

JOSÉ GARRIGA ZUCAL

LA ERA DEL AGUANTE

**BARRAS, HINCHAS, VIOLENCIAS Y
MUERTES EN EL FÚTBOL ARGENTINO**

Ariel

Índice

Capítulo 1. Barras, violencias, muertes y demases	11
Violencias, violencias y más violencias	12
Las barras	16
Las violencias y el aguante	21
Los usos de las violencias	26
Comprender las violencias	30
Capítulo 2. Aguante, aguante y aguante	37
<i>La era del aguante</i>	37
El respeto	42
El honor en (el) juego	45
Reglas, criterios: formas de uso	52
Capítulo 3. Machos, grosos y barrios	59
Cuestión de machos	60
Cuerpos aguantadores	63
Barrios, barras; caminar, violar	71
Probar, probarse	74
Placer, entretenimiento y goce de la violencia	79
Capítulo 4. La sociedad del aguante	83
Prestigio y reputación	84
Pertener, solidaridad y bienes materiales	88
Mostrarse y cambiar	90
Barras <i>for export</i>	96
Ni tan iguales ni tan distintos	98

Capítulo 5. Contactos, mercados y legitimidad	103
Relacionados, contactos, líneas	104
“Yuta, yuta, yuta...”	107
Las entradas, la ropa y los micros	111
Aproximaciones a una lógica de la membresía	113
Capítulo 6. ¿El fin de las barras?	119
¿Qué tipo de recurso es la violencia aguantadora?	120
El ocaso del aguante: legitimidad	124
La prohibición de los visitantes	128
La opacidad visible de antaño	131
Cambia, todo cambia	133
Mutaciones en la sociedad	136
Coda: ¿el fin de las barras?, ¿el fin de las violencias?	139
Epílogo. Prevenir/intervenir	141
Prevenir/intervenir/fracasar	141
Intervenciones y la historia sin fin	143
Leyes, normativas y regulaciones	145
Secretarías, comisiones y otras intervenciones	146
Cómo se intervino en otras ligas nacionales, europeas y americanas	149
Pistas para la gestión de políticas públicas	154
AGRADECIMIENTOS	159
BIBLIOGRAFÍA	163

CAPÍTULO 1

Barras, violencias, muertes y demases

–Cuando yo uso una palabra –dijo Humpty Dumpty, en tono despectivo–, esa palabra significa exactamente lo que yo decidí que signifique...

Ni más ni menos.

–La cuestión es –dijo Alicia–, si usted puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas.

–La cuestión es –dijo Humpty Dumpty– saber quién es el amo aquí... Eso es todo.

LEWIS CARROLL,

A través del espejo y lo que Alicia encontró allí

El mundo de las violencias en el fútbol y del aguante necesariamente se encuentra precedido por la noción de violencia, las formas que esta adquiere y su propia definición. Esta temática en razón de su complejidad apela a una cuidadosa elección metodológica.

Violencias, violencias y más violencias

Las barras bravas desde el comienzo de la década de los años 1980 a la actualidad se convirtieron en actor protagónico del escenario violento en el fútbol de la Argentina. No hay gambeta que eluda esta cuestión. La violencia no es nueva, pero a partir de entonces sus formas se consolidaron y ganaron legitimidad. Y se instaló la *era del aguante*, la era de las violencias.

La *era del aguante* comprende en su sola definición la legitimidad de la violencia. En esto las barras cumplen una función protagónica: son la causa y el efecto de esta legitimidad. Su emergencia deviene del resultado de una modificación de las violencias legítimas y, luego, ellas mismas contribuyen a fortalecer esa modificación. El conocimiento del *modus operandi* de las barras, sus lógicas de acción y sus mundos de relaciones, nos habilita a reflexionar sobre la *era del aguante*. Y, así, nos permite el abordaje preciso de un problema complejo que la mayor de veces se analiza con liviandad.¹

Dos tipos de violencia relacionadas entre sí pululan por el fútbol argentino: las simbólicas y las fácticas. Los

1. El abordaje de las ciencias sociales sobre las violencias en el fútbol es vasto y riguroso. Cabe mencionar varias lecturas obligatorias de las cuales este trabajo es deudor. La lista que sigue es arbitraria e incompleta. Respecto al ámbito nacional resulta ineludible mencionar a Archetti (1992), Alabarces (2004), Moreira (2005), Gil (2002). En cuanto al plano internacional cuenta con numerosos y valiosos aportes, citamos: Armstrong (1999), Giulianotti (1999), Pimenta (1997), Magazine (2008), Dunning (1994).

insultos y las piñas. Las simbólicas de formas complejas y sutiles validan, muchas veces, las piñas, las patadas, las pedradas y las muertes.

El inventario de las muertes violentas, acrecentado con el correr de los años, sacude la historia del fútbol en la Argentina. Morir en una cancha, o en el marco de un partido de fútbol, es un hecho ni excepcional ni sorprendente. Las muertes que se enlazan con incidentes no letales se repiten con frecuencia insólita. Algunas de estas tragedias se naturalizan con el mayor cinismo y otras ni siquiera son registradas.

No solo para las barras la violencia es legítima, “normal”. Las escenas recurrentes de maltrato policial, muchas veces repartiendo palazos desde sus caballos, transmiten un fiel ejemplo de estas formas consideradas “normales” a los ojos de muchos espectadores. Los cánticos en las tribunas –xenofóbicos, homofóbicos, agresivos y apologistas de delitos varios, incluido el asesinato– son también una muestra de estas violencias simbólicas normalizadas.

Y es comprobable con facilidad cómo las violencias asedian los estadios. Una tribuna entera se vanagloria de la muerte de un rival, un periodista deportivo insulta a un jugador, un dirigente amenaza a un árbitro, etcétera. La espiral de violencias suma muertes, pedradas, bastonazos policiales y se convierte así en una parte ineludible del paisaje futbolístico.

Mucho se habla de la violencia en el fútbol, pero mucho más se desconoce. Se cubren páginas y páginas de diarios y horas y horas de noticieros sobre el tema de las barras bravas. Aun así, en el mejor de los casos

no superan el prejuicio y la ignorancia. Nuestro abordaje –que evita la comodidad de la denuncia– propone comprender la complejidad del fenómeno: sus actores y prácticas.

Nuestro punto de partida se sostiene en dos certezas que luego ampliaremos.

La primera: siempre hubo violencia en el fútbol. Desde que hay fútbol hay violencias; el olvidar esta trágica historia lleva a varias confusiones. Una de ellas, acaso la principal, se encuentra en una argumentación falaz que concibe la violencia como un problema reciente vinculado a la descomposición social. Y de ahí se responsabiliza a las barras de la degradación de un espectáculo que antaño se presuponía puro e impoluto.

La segunda certeza: muchos de los actores del mundo del fútbol tienen prácticas violentas. Señalar solo a las barras y olvidar las otras formas de la violencia es un ejercicio recurrente que reduce la complejidad de esta problemática. La articulación de estas operaciones genera, lo que aquí llamaremos el “pánico a la barra”.

Emanuel Ezequiel Balbo, joven de 22 años, hincha de Belgrano, falleció el 17 de abril de 2017, dos días después de ser arrojado al vacío desde una tribuna del estadio Mario Alberto Kempes de la ciudad de Córdoba. El 15 de abril se había jugado el clásico entre Belgrano y Talleres a estadio lleno. Los hinchas visitantes estaban prohibidos. En el entretiempo del partido, Emanuel se encontró con Oscar “Sapito” Gómez, el acusado del asesinato de su hermano Agustín Balbo en el año 2012. Lo increpó con dureza. El otro respondió con golpes mientras lo acusaban de infiltrado: de

ser “una gallina”, un hincha de Talleres. En un derrote-ro cruento y frenético varios espectadores lo golpearon, otros lo empujaron y cientos celebraron su agonía y su muerte.

Lo primero que se hizo desde muchos medios de comunicación fue responsabilizar por el asesinato a las barras. Sin embargo, en este caso la barra no estaba implicada. Y esta acusación sin pruebas ilustra cómo se responsabiliza a los barras de manera recurrente de que ellos son los únicos responsables de las violencias en el fútbol. Y en consecuencia emerge el “pánico a la barra”. Es decir, inventar/crear un responsable de todos los males –un chivo expiatorio– que opaque las otras formas de violencia. El “pánico a la barra” simplifica un fenómeno más complejo y reduce también las políticas de prevención de la violencia.

Por ello hablamos de violencias en el fútbol: en plural. Así no reducimos la multiplicidad de formas de la violencia que suceden en los estadios. Desde las canciones xenófobas a los asesinatos policiales, pasando por los escupitajos de los plateistas y la verborragia lasciva de los periodistas: las violencias tienen mil caras.

La enumeración de las muertes en el fútbol ejemplifica estas dos certezas.

En la historia del fútbol argentino han muerto 334 personas.² Esa lista no se inicia con el advenimiento

2. Ante la inexistencia de datos oficiales recurrimos a los más que fidedignos propuestos por la organización Salvemos al fútbol. Disponible en: <https://salvemosalfutbol.org/> (último acceso: 09/2022).

de las barras ni se justifica solo con sus prácticas. Para la década de 1970 la lista de muertes ya era abultada. Precisamente, a partir de 1958 estos grupos violentos organizados dentro de las hinchadas de fútbol fueron identificados por la sociedad y por la prensa como “barras”, después de la muerte Alberto Mario Linker, un espectador del partido jugado entre Vélez Sarsfield y River Plate. Linker fallece por un disparo de una pistola lanzagases en el medio de la represión policial en el marco de la pelea entre grupos organizados de espectadores, que, decíamos, a partir de este trágico episodio comenzaron a ser definidos como “barras”³.

Recordamos y repetimos que reducir las violencias a las barras implica un error analítico mayúsculo. Sin embargo, las barras son un actor central para interpretar el fenómeno en la Argentina y por esta razón protagonizan estas páginas.

Las barras

La barra es un grupo organizado de espectadores. Tres son las características que los definen: su vinculación a la fiesta, a los negocios y a las prácticas violentas. En nuestro país todos los clubes de fútbol masculino y profesional tienen su barra. El número de los integrantes de la barra varía según la magnitud del club: en los más chicos puede ser un puñado de veinte hinchas y en los

3. Ver Romero (1986).

más grandes, cientos. Sin embargo, todos los clubes, grandes o chicos, tienen una barra. Cada una de ellas se identifica por su nombre. Los nombres de las barras de los clubes grandes –La 12, Los Borrachos, la Guardia Imperial– son reconocidos en el mundo del fútbol internacional. Este fenómeno de identificación no es solo porteño, sino también se repite en las barras del interior del país. El nombre conforma la pertenencia. Cada barra exhibe en espacios centrales de las tribunas enormes banderas con su nombre. La centralidad señala el poder del grupo.

La barra tiene una estructura jerárquica piramidal: los líderes, que son solo unos pocos, ocupan el lugar más alto; más abajo, las segundas líneas; y, luego, sigue “la tropa”. Los jefes –“capos”– definen y planifican los viajes, el traslado de las banderas –“trapos”–, la obtención de las entradas, el alquiler de micros, la compra de pirotecnia o globos, entre otras tareas. Su liderazgo se sustenta en la lucha, pero todos tienen en común una dosis de carisma que explica en buena parte la posición que ostentan. Además, son ellos los que se encargan de conseguir los recursos y de su distribución.

Los capos de las barras grandes son personajes públicos; no solo en el mundo de sus clubs sino también en los territorios más allá del fútbol. Reconocidos y repudiados por los medios de comunicación. Los capos, muchas veces, caminan por las tribunas, se sacan fotos con espectadores, firman autógrafos: un baño de popularidad que los enorgullece y valida sus prácticas.

Para la distribución de los recursos, los capos tienen una segunda línea de colaboradores encargada de algu-

nas facetas del reparto. Según los líderes, los integrantes de este grupo muy reducidos son sus “piernas” –término que define la lealtad de los colaboradores–. Estos barras, al igual que los capos, son reconocidos en sus barrios y forman una red de relaciones sociales a través de su pertenencia. Recuerdo cómo me sorprendió la primera vez que caminé con uno de estos barras por el barrio donde vivía: muchos vecinos lo saludaban y otros le pedían favores.

De acuerdo con esta estructura, después de las “piernas” sigue la “tropa”. A diferencia de los capos y sus piernas, la tropa tiene una relación menos comprometida con su grupo. Van y vienen de la barra según intereses cambiantes y vicisitudes propias de la juventud, las ilegalidades y sus trayectorias vitales.

Los miembros de la barra se encargan de la fiesta en los estadios. Ocupan el centro de las tribunas con sus banderas, cánticos, bombos y trompetas. El centro está asociado a la fiesta y a la pasión. Las barras cantan y alientan. Al convertirse en el actor rutilante del espectáculo futbolístico ganan en protagonismo. Existe un acuerdo tácito entre los muchos que disfrutan y sufren el mundo del fútbol en la Argentina: sin la barra el espectáculo sería aburrido. Muchos espectadores quieren que la barra de su equipo sea la que más aliente, la que más salte, la más festiva. La fiesta en las tribunas visibiliza y dimensiona la centralidad de las barras.

En su inicio, las barras buscaron recursos para llevar a término la fiesta en las tribunas. Después se involucraron en un mundo de negocio informal e ilegal. Muchos de los negocios que suceden alrededor del fútbol y los

intereses de la barra cambian según los clubes y los tiempos: desde la venta de ropa deportiva de la institución hasta la participación en el pase de los jugadores. El negocio del fútbol difiere según las barras y solo en las más grandes llega a ser millonario. Pero todos los clubes de fútbol masculino y profesional en la Argentina tienen su barra y todas ellas se muestran ávidas de recursos materiales.

La barra no solo alienta y busca dinero, sino también provoca y produce violencias. La barra es el único de los actores violentos del fútbol que se vanagloria de sus prácticas. Desean el reconocimiento como los responsables de los actos violentos en el mundo del fútbol. En la Argentina, los barras matan y se matan entre sí obstinadamente, pero a diferencia de los otros actores violentos quieren que estas prácticas los definan.

Los integrantes de las barras son, en su mayor parte, jóvenes de sexo masculino no mayores de treinta años. Este grupo de personas es muy heterogéneo respecto a la situación laboral. Los capos viven muchas veces “de lo que deja la barra”; algunos tienen empleos formales, algunos de ellos se dedican a actos delictivos y otros están desempleados. En general, su pertenencia social también es heterogénea: en el mismo grupo conviven sujetos de la clase media con integrantes de los sectores más bajos de la sociedad. Si bien es cierto que una gran parte –no afirmaríamos la mayoría– proviene de los sectores más excluidos, la variedad es una norma. Como ejemplo, los jefes de la barra de River Plate –denominada los Patovicas– pertenecían a la clase media porteña: educación en colegios privados bilingües; gestos, tonos de

voz, cuidados corporales y estéticas propias de las clases medias.

Así, la barra se define por tres rasgos característicos: negocios, fiesta y violencia. Según los grupos y los tiempos, estas tres particularidades cambian su centralidad. Por ejemplo: la creencia errónea de que todas las barras cuentan con las particularidades que definen a las más grandes del fútbol argentino, donde los negocios tienen un protagonismo inusitado en comparación con los grupos más pequeños. Los recursos movidos por las barras grandes –Boca o River– son muy diferentes de los que tienen a su alcance los miembros de Talleres de Perico o Cambaceres. Sin embargo, todos se definen de la misma forma: aguantadores. Los barras se la aguantan.

La barra está asociada al aguante. En el mundo del fútbol encontramos distintas acepciones de la noción de aguante. Para los miembros de las barras, el aguante no pasa por alentar todo el partido ni por concurrir a los torneos del equipo sin importarles nada. Si bien estos valores son relevantes, no definen el aguante. Aguantar es pelearse. El aguante se vincula a las piñas, patadas y pedradas; a los gases lacrimógenos y otros efectos de la represión policial; con cuerpos luchando y resistiendo el dolor. Pelear, o bien, afrontar con valentía y coraje una lucha corporal es la prueba que otorga la posesión del aguante. Para ser parte de la barra hay que pelear: el aguante define la membresía. Los actores nunca entienden estos hechos como violentos, por el contrario, los consideran prácticas –recurrentemente llamadas “combates”– que se ajustan a los valores grupales. “Pararse” y “poner el pecho” son los términos que remiten a la

acción de lucha, al enfrentamiento, y a la vez instituyen valores positivos definitorios de pertenencia. El aguante, así, organiza las jerarquías al interior de los grupos y a la vez es la medida de evaluación de los otros grupos.

El aguante es el concepto nodal que organizará este libro; sin embargo, para acercarnos a una comprensión más ajustada a su complejidad debemos entender de qué hablamos cuando hablamos de violencia.